I

Mi historia empieza con los tomates italianos, que al parecer fueron los responsables directos de mi concepción. A mi inglesa madre, curvilínea y menudita, que se había teñido su corta melena de rubio a castaño para no llamar tanto la atención, le estaba costando quedarse embarazada. Y las mujeres del mercado de Lerici se lo tomaban como algo personal.

–Pomodori, signora, deve mangiare gli pomodori... di piu, di piu.

El pueblo de Lerici aspira a la fama por haber sido allí, en sus mediterráneas aguas azules, donde se ahogó el poeta romántico británico Percy Shelley cuando volvía de visitar a Byron. Es un lugar soleado, precioso, muy italiano y romántico. Y produce tomates. Allí fue donde me concibieron mis padres, tan ingleses como Shelley y como su mujer, Mary, la autora de *Frankenstein*, viviendo en una casa de alquiler. Como ellos, mis padres estaban en Lerici de paso, que era su forma de estar.

Tanto mi madre como mi padre provenían del norte de Inglaterra, y se habían casado en Londres: la novia llevaba una minifalda morada (eran los años 60, a fin de cuentas). La familia de mi padre no estuvo muy conforme, porque mamá era hija de un tendero de Scunthorpe, lo que les parecía de lo más ordinario. Mi padre estudiaba bellas artes, era rubio y guasón y carecía de ambiciones específicas, aunque había destacado mucho en el Royal College of Art. Él también tenía algo de descarriado, y desde luego no era ordinario en absoluto.

Mi madre estaba decidida a perder de vista Scunthorpe en cuanto tuviera ocasión de escapar de sus deprimentes muros, y hay que entenderla: aquello era la zona industrial del norte de Inglaterra, lo más falto de lustre del universo. De pequeña, si quería lavarse tenía que romper el hielo de la tina, por lo menos durante seis meses al año.

Cuando tenía dieciséis dejó los estudios y entró de aprendiza en una peluquería, donde practicaba con caniches blancos a los que teñía de rosa y de azul, preparándose así para una florida carrera como especialista en tintes. Y esto, no se olviden, mientras a la vez lucía el título de "Reina del rock'n'roll" concedido por los marines americanos. A mi madre le encantaba bailar, bailaba maravillosamente, y nunca se sentía tan llena de vida como dándole al rock'n'roll en el centro de una multitud que la aclamaba.

Por esa época consiguió pagarse un viaje organizado de dos semanas a Italia, y allí se dio cuenta de que todo lo que se imaginaba sobre el sur era verdad. Los chicos italianos hacían cola detrás de ella, atraídos por su cinturita de avispa y su imagen vivaz. Desde el día en que mi madre se topó con las gozosas recetas de Elizabeth David, se tomó la idea del Mediterráneo como una religión: sol, higos recién cosechados, vino tinto y piernas al aire. Acabado aquel viaje, se prometió a sí misma que algún día viviría allí.

Mientras tanto, Londres podría servir. Y allí se fue, instalándose en un albergue juvenil. Corría 1964, el año en que se inventó aquello del *swinging London*, y mi madre había cumplido los veintiséis, se había alquilado un piso, se había cambiado el nombre, de Margaret a Margot, y se había teñido el pelo tan rubio como había podido. En la peluquería Leonard's de Londres alcanzó el punto más alto de su vida profesional como especialista en tintes. Aquel salón era una estrellita diminuta pero brillante en la ciudad más feliz del planeta porque, durante la década de 1960, los peluqueros y los maquilladores cambiaron el mundo, y Londres fue el epicentro de aquel nuevo universo *funky*.

Mamá era capaz de conseguir cualquier tono de cabello rubio, de Twiggy a Brigitte Bardot. Y disfrutó a tope de su talento, de las fiestas, y de su pandilla de chicos gay encantadores. Ella era guapísima, sociable y divertida.

Londres estaba a punto de convertirse en el ombligo del mundo, pero mi madre aún aspiraba a llegar al Mediterráneo. Y fue entonces cuando conoció a mi padre e hicieron un pacto: ella quería irse lo más lejos posible de Inglaterra, y mi padre la seguiría hasta donde hiciera falta.

Y así fue como mis futuros padres alquilaron un vehículo de aquellos que llamaban "yogurteras", bendita sea su memoria, un trasto con tres ruedas y cero equilibrio que era la quintaesencia de los años 60, y a bordo de él se fueron hasta el sur de Francia. Nada más llegar a la costa, el coche volcó y murió en el acto. A ellos no les pasó nada: siguieron dando tumbos por ahí en tren, hasta que se les acabaron las vacaciones.

Al año siguiente, hubo un día en que mi padre, en lugar de ir a dormir, envió un ramo de rosas. Mi madre las hizo trizas, y bailó sobre las ruinas de su matrimonio bebiéndose una botella de vino tinto entera. El colmo era que su marido se había fugado a Italia ("Italia, mi país") con una chica llamada Dorothy ("Dorothy, qué nombre tan ordinario"). Fumándose los cigarrillos a pares, y con solo veinticinco libras esterlinas en el bolsillo, mamá tiró por la borda su brillante carrera con los tintes y por fin se fue a vivir a Italia, como siempre había deseado... pero en autobús, y con el corazón roto.

Dorothy salió de escena enseguida, y mi padre volvió a cortejar a mi madre hasta que ella lo perdonó y se instalaron en la riviera italiana, en la bahía de Lerici, donde las casitas rosas y amarillas se desparraman por la costa hasta caer en el mar como cubitos de color pastel.

De la casa destartalada color melocotón en la que vivían, mi madre recuerda dos cosas: las cañerías (su falta) y las lagartijas de las paredes (su abundancia). La casa colgaba casi al borde de un acantilado rugoso y tenía unas maravillosas vistas al mar. Como sitio donde vivir, resultaba de lo menos práctico, porque era imposible llegar hasta allí por carretera. Mi padre se ponía un traje gris y hacía todas las semanas el viaje hasta Milán, donde trabajaba en la agencia de publicidad más prestigiosa y ultraelegante de la ciudad, llena de secretarias con los ojos sombreados de *eyeliner* negro y minifaldas de vinilo brillante que iban torciéndose los tacones por las peludas moquetas blancas. Mi madre, que sabía bien con qué facilidad a mi padre se le iban los ojos, las odiaba a todas. En esa época, ella no trabajaba y se pasaba el día en bikini, en teoría dedicada al hogar pero en la práctica consagrándose a lo que ha sido su religión vital: la adoración del sol bajo una buena capa de Coppertone.

En una ocasión le tocó a ella organizar una cena en casa, y los elegantes invitados milaneses se vieron obligados a matar y desplumar un pollo con sus propias manos, porque mi madre, tan *made in England*, no había caído en que si encargaba un pollo en el mercado se lo llevaban a casa vivo.

***

Y así llegó el día de año nuevo de 1967, que empezó con grandes esperanzas y acabó lleno de turbulencias; el día en que se supo que todos los tomates que había comido mi madre habían dado su fruto: estaba por llegar yo.

1967 fue el año del "verano del amor", y en un brote de fiebre primaveral adelantada mis padres, con ella ya embarazada de seis meses, decidieron alegremente que iban a abandonar su estupenda vida italiana al borde del mar para ir a instalarse en una dictadura militar represiva: la España fascista de Franco. Yo todavía hoy sigo sin entender cuál fue su lógica: en comparación con otras ciudades, Barcelona no tenía nada a su favor. Londres hervía, la edad de oro del diseño italiano estaba a punto de llegar a su máximo, Estados Unidos era la feliz meca hippy... pero, ¿Barcelona? Bajo el régimen de Francisco Franco, la capital de Cataluña llevaba décadas siendo una ciudad oprimida y amargada, donde a la gente prácticamente se le prohibía hablar su idioma. Allí no pasaba nada: alguna huelga y mucho rencor social. Y aunque mis padres no hubieran percibido las sutilezas de la represión política, él iba a darse cuenta muy pronto de que allí no había ni remotamente nada que se pudiera llamar industria publicitaria. Supongo que estaban, una vez más, buscando un lienzo en blanco. Pero en esta ocasión iban a encontrar todavía una ganga mayor de la que buscaban.

Tomaron un barco, sin prisas, para cruzar el Mediterráneo de Génova a Barcelona, mi madre con un elegante abrigo blanco flotando al viento y su enorme barriga. Me impresiona pensar cuánto debía de confiar en él, si estaba dispuesta a dar a luz en un lugar nuevo de cuyo idioma no hablaba ni una palabra. Como de costumbre en ella, tomó

tierra bailando... tanto que, tras una noche de haber estado moviendo el esqueleto con más energía que nunca y de haberse zampado a medianoche unas fresas con nata, aparecí yo con un mes de antelación. Era 15 de abril, un día en que hubo inmensas manifestaciones contra la guerra de Vietnam en Nueva York y en San Francisco. Fui un bebé preocupantemente pequeño: pesé apenas dos kilos. Mis padres llevaban en España menos de ocho semanas.

Y entonces tomaron la impractiquísima decisión de irse a vivir a Sitges, un pueblecito costero y tranquilo a cuarenta minutos en coche de Barcelona. Paisaje pintoresco, callejuelas encaladas con suelo de piedra y el mar al fondo, iglesias y campanarios, mujeres vestidas de negro de pies a cabeza... "aquel" apartamento estaba en el último piso de una antigua casa de pescadores junto a un café llamado Gustavo's, a pocos metros del mar. Mis padres tenían varias jaulas llenas de pájaros cantores. Y me tenían a mí, que aprendí a nadar casi antes que a andar. El sueño mediterráneo se había hecho carne.

Para cuando yo cumplí los dos años, mi padre, tan joven, tan agudo, con aquella risa tan contagiosa, ya se había convertido en el niño bonito de la élite que soñaba con una Barcelona nueva, más "en la onda". Estábamos a finales de los 60 y sus campañas publicitarias, ligeras y airosas, hablaban ya de una época más libre. Él y mi madre daban fiestas en la playa a las que venían hombres con perilla y mujeres a las que se les juntaba el flequillo con las pestañas: eran los chicos y chicas yé-yé (que es como se decía en español *yeah, yeah*), la *gauche divine*, la *intelligentsia* catalana que se inspiraba mirando a Francia y esperaba la muerte del dictador. Desde el país vecino traían de contrabando pornografía, música rock y *champagne*, junto con las revistas que hablaban de las últimas tendencias. Y mi padre, todavía con esa pátina de extranjero, era su ojito derecho: representaba el soplo de aire fresco que le encantaba a la Barcelona izquierdosa.

Así que la fortuna familiar experimentó un buen empujón. Nos fuimos a vivir a un magnífico piso art-déco con vistas al parque Turó, en la parte alta de Barcelona. Teníamos de vecina a una condesa portuguesa que me invitaba a perrunillas, unas galletas perfumadas con canela y limón, y té flojito con leche. Luego, una niñera me llevaba a

pasear por el parque en un carrito azul marino. Yo tenía el pelo casi blanco de tan rubio, y ojos de un azul intenso: salí en una tonelada de anuncios de bebés en las campañas que hacía mi padre.

Él seguía siendo el niño mimado del incipiente sector de la publicidad gráfica y por tanto no estaba nunca en casa. Mi madre no lo pasaba bien porque, además, el verano español es eterno, las calles de Barcelona se volvían grises y polvorientas, y la luz hacía daño a los ojos. La ciudad vivía de espaldas al mar, a pesar de ser un puerto. Y además era profundamente convencional: las libertades que hasta entonces mi madre había dado por supuestas allí no se brindaban. La censura era ubicua: unos cuadrados negros tapaban los periódicos y las revistas. El sexo ni siquiera existía, y tampoco las piernas ni los brazos al aire. Las emisoras de radio extranjeras estaban bloqueadas, y las películas que veíamos por la noche en la tele habían sufrido una carnicería a manos de algún censor patoso: los protagonistas pasaban invariablemente de besarse por primera vez a desayunar juntos, y en el medio se veían unos fotogramas velados. Los domingos, en la televisión solo salían bandas de música y servicios religiosos; el dictador se pasaba la vida pontificando en un lenguaje que mi madre no comprendía. Si alguien te invitaba a cenar en su casa, tenías que pararte en la puerta del edificio y dar palmadas, que era la señal para que apareciera el sereno, un vigilante nocturno que abría las puertas; uno no podía presentarse sin más. Era una sociedad llena de códigos estrictos y difíciles de romper. A partir de los treinta años, todo el mundo vestía de negro, las mujeres casadas nunca se ponían pantalones ni salían de casa. El domingo, iban a misa con velo de encaje negro.

Aquella ciudad oscura y amarga no era el sur que tenía idealizado mi madre. Ella se ponía *minishorts* de colores vivos, y sus sandalias de madera resonaban hasta bien entrado el mes de noviembre. Parecía la chica Coppertone, morena todo el año, con aroma a coco y aceite de zanahoria. Adoraba el sol, las playas largas y blancas, y los jugosos placeres de la cocina y la comida. Para entonces, su gusto por la vida sencilla, el que no trabajara y tendiera a la vida errante, debía de resultar un poco embarazoso para mi padre, que ya jugaba en la liga de los grandes.

Un día, mi madre salió a la compra, y cuando volvió al piso carísimo en el que vivíamos se encontró con que la ropa de él ya no estaba. Se había fugado con otra mujer. Y ese día, teniendo yo cuatro años, desapareció para siempre de la faz de lo que para mí era la tierra.

Lo que no se llevó:

1. Un montón de blocs de papel para dibujar *story-boards*, que tenía un olor peculiar, y que usé yo durante los siguientes diez años para dibujar. Las planillas eran una cosa muy exótica: un fondo negro con seis cuadrados blancos, que representaban pantallas de televisión, y un espacio en blanco debajo de cada uno para escribir.

2. Una caja grande de lápices de colores Caran d'Ache, ordenados por tonos como en un arcoíris.

3. Una caja de pinturas al pastel, de las cuadradas que te dejan polvo de colores en los dedos.

4. Cuatro postales de París, todas idénticas, y todas con el mismo texto: "Te quiero, papá".

Las instantáneas de cuando yo tenía menos de cuatro años muestran a un hombre alto y delgado, vestido con buen gusto. Yo no le recuerdo en absoluto; ni siquiera su olor ni sus ojos. Sin embargo, recuerdo con sorprendente claridad el mito sobre él.

Mi madre se quedó destrozada, aunque nunca lo mostraba. Sin mi padre, sentía que no era nadie. Pero, en vez de maldecirlo por dejarla tirada, mamá empezó de inmediato a tejer un cuento de hadas a su alrededor; el mito que nos sustentó a las dos durante los siguientes veinte años. Aunque resulte difícil de creer, nunca dijo ni una palabra en su contra. Sentía que habían disfrutado de diez años juntos, y que ella había sido feliz hasta el éxtasis, lo que ya era más de lo que obtienen del matrimonio la mayoría de las mujeres. Que nunca se habían peleado. Que, hasta el día en que se fue, siempre había estado apasionadamente "allí". Sus amigos se dividieron en dos bandos opuestos: los hombres querían acostarse con ella y las mujeres querían que se volviera a Inglaterra y pidiera ayuda a los servicios sociales.

***

Mi madre no tenía ni un céntimo. Nunca había terminado sus estudios, carecía de perfil profesional y no sabía conducir. Tampoco hablaba ni una palabra de catalán, y apenas un poco de español mezclado con italiano. *Pero no se fue de la España fascista, donde no tenía a nadie, para vivir con más facilidades en Inglaterra*. Y en este hecho singular se condensa la esencia de mi infancia profundamente anticonvencional. No regresó al *swinging London*, que en el año 1971 ya había visto la ruptura de los Beatles, el éxodo de los Rolling Stones y el auge de las drogas duras, el *glam rock* y el pelo cortado a capas. Mi madre era intrépida y cabezota, y estaba decidida a no perder su fantasía mediterránea.

Las dos nos fuimos a vivir a un apartamentito en Castelldefels, en una larga playa al sur de Barcelona. De ahí en adelante, iríamos viviendo en pisos cada vez más pequeños y lúgubres, y no iban a ser pocos... a veces, dos o tres cada año, en edificios para veraneantes como de cartón piedra, pegados unos a otros, bordeando las largas calles que discurrían entre el pinar y las dunas.

Decidió no buscar trabajo de peluquera porque eso hubiera supuesto pasar muchas horas separada de mí. Encontró un empleo de temporada dando clases de natación por unas pocas pesetas, pero cuando llegó el otoño las dos nos vimos muy apuradas. Recuerdo vagamente a un novio con un dóberman; en fin, recuerdo pasar muchas horas jugando con un dóberman. Y a otro que me regaló un vestido que me quedaba pequeño, pero no podía decírselo porque se suponía que tenía que ser amable con él.

Al cabo de unos pocos meses, cuando yo tenía cinco años, Paul y Barbara, una pareja acomodada también proveniente del norte de Inglaterra, que tenían dos hijos y conocían a mis padres de los buenos tiempos, se ofrecieron para acogerme.